

algunas características de la mujer mexicana de clase media

SUSANA HERNÁNDEZ MICHEL

Introducción

La clase media, por su propia naturaleza, combina características de otras clases sociales. La heterogeneidad de su propia constitución la hace diferenciarse de las demás; al mismo tiempo, la permeabilidad que hay en ella, hace posible distinguir su propia dimensión: el adoptar modalidades de otras clases. En este trabajo trataremos de establecer algunas características de la mujer mexicana de clase media.

Se antoja fácil afirmar que antaño la mujer de clase media sabía cuál era su sitio, y que su vida transcurría plácidamente dedicada al cuidado de la familia; las paredes de su hogar eran los límites de su mundo; pero también, a partir de ese supuesto, hemos de advertir que la Revolución de 1910 hizo posible el cambio de estructuras en la familia, al permitir que una minoría de mujeres, resueltas e inconformes con su situación dentro del proceso cambiante, se empeñaran en introducirse en el mundo del comercio, de las finanzas y de los negocios públicos.

El cambio económico y social que se produjo en el país requería y permitía —aunque no sin luchas y esfuerzos— que la mujer se incorporara a formas de actividad —económica, social y política— antes reservadas al hombre y, en ocasiones, rigurosamente vedadas a la mujer. El trabajo femenino adquiriría distintas modalidades con el desarrollo económico del país.

Las dificultades para el trabajo fuera de la casa están en relación directa con un estadio cultural determinado y con los distintos grados de evolución social que ha experimentado la mujer. A la mujer mexicana, como a cualquier mujer del mundo industrial, se le presenta la alternativa del trabajo del hogar y el tra-

bajo fuera de la casa. La doble función de la mujer en la sociedad —en el trabajo doméstico y en el productivo— es un fenómeno universal que asume modalidades distintas en los diferentes países, según el grado de desarrollo económico y social de los mismos.

En la situación actual de la mujer, el desarrollo de la personalidad se le plantea como dos propósitos aparentemente en conflicto: tomar parte activa en la vida adulta, social y económica, o tener un hogar y una familia. Este problema no se daba en el pasado, cuando la mujer de clase media desarrollaba en su hogar la mayor parte de su vida económica y social; es propio del mundo actual, que al mismo tiempo le propone perspectivas de alegría y frustración, de aglomeración y soledad. En este mundo los intereses de la mujer parecen oponerse, dando lugar a serias contradicciones y, en algunos casos, a graves antagonismos.

Dentro del conflicto apuntado, la mujer mexicana de clase media prefiere la creación de un hogar y una familia, aunque tenga además que desempeñar un trabajo exhaustivo fuera del hogar. Su vida emocional gira en torno a la familia, el hogar y, principalmente del hombre. La mujer mexicana de clase media tiene —por ley— los mismos derechos y oportunidades que el hombre para educarse, perfeccionarse y adiestrarse en un trabajo profesional. La mujer preparada por el sistema educativo escolar tiende a ser profesionalmente activa durante el lapso comprendido entre la terminación de sus estudios escolares y la edad de casarse, y es durante ese periodo —sin contar los casos anómalos— cuando se le presenta la alternativa en conflicto. En ese periodo, en el que la mujer empieza a desarro-

llarse plenamente, se van perfilando, de manera cada vez más clara, las modalidades peculiares de su comportamiento y actitudes.¹ Atendiendo a esta consideración, trataremos de esbozar las características del comportamiento de la mujer de clase media urbana que no trabaja fuera del hogar, de la que trabaja fuera del hogar y, de la mujer que desarrolla los dos tipos de actividad.

A pesar de la educación formal que recibe en el hogar la mujer, se provoca en ella —a diferencia de lo que se hace con el hombre— un alto grado de sensibilidad y simpatía hacia las actividades emocionales de la madre, encargada de transmitir los valores tradicionales. Para la niña es natural hacer de la madre su modelo; las funciones de ama de casa y de madre son para ella inmediatas y fáciles de comprender, pero cuando la joven acaba por aceptar, en el curso del desarrollo de su personalidad, los valores de la educación formal, se percata de que el sistema de educación informal de su hogar no sólo no le ayuda a asumir esos valores, sino que los valores domésticos tradicionales, y el propio hogar, constituyen un verdadero obstáculo para cumplirlos. La violencia de esta situación provoca agresividad. La mujer, al no poder expresarla —porque no la manifiesta—, la asume y por consiguiente se frustra; o bien, la revierte en seres más desvalidos que ella —es muy agresiva con los niños— o la dirige a alguien bien localizado: contra los hombres, porque la joven supone que ellos le han impuesto un destino, y contra las mujeres, porque la han engañado; actitudes ambas que causan inseguridad y ansiedad en su propio comportamiento.

Francisco González Pineda dice al respecto: en la insistencia educativa verbal y no verbal de la madre, para conseguir que las hijas aprendan a someterse al hombre, hay una connotación en el sentido de que la relación con el hombre no puede hacerse con respeto maduro, con afecto o confianza, sino que es una sumisión a la que se llama “respeto” que debe ser aceptada y vivida por la mujer como consecuencia de su inferioridad. La mujer de clase media enseña a sus hijos el respeto al hombre, pero a la vez su crueldad. Reproduce la misma ambigüedad en que ha sido educada,

¹ Actitud: Una actitud es una tendencia, relativamente constante, a actuar. Una actitud es una firme predisposición a reaccionar de una manera característica, favorable o desfavorable, hacia una persona o un tipo de persona, un objeto, una situación o una idea dados. Una actitud es un sentimiento en favor o en contra de algo. Las actitudes pueden ser intelectuales o emotivas, pero generalmente tienen una base y un tono emotivos.

continúa con la tradición de hacer egoístas, sumisas e hipócritas a las hijas; y con la sobreprotección que proporciona a los hijos, los hace engreídos, insoportables, insolentes e irresponsables. La transición del varón —de la adolescencia a la edad adulta— también es conflictiva y causa de actitudes positivas o negativas en su comportamiento y relación con las mujeres.

La mujer de clase media que no trabaja fuera del hogar

En el hogar mexicano de clase media, los varones son preferidos a las mujeres; a ellos se les proporcionan con mayor facilidad los viajes, los juguetes más caros, los caprichos del momento, y se les perdona que obtengan malas calificaciones en la escuela. La madre los atiende personalmente, preocupándose porque tengan todo lo que les haga falta. Por lo que respecta al trabajo familiar se practica una distinción profunda: las mujeres tienen que hacer trabajos domésticos “como parte de su preparación cuando se casen”; los hombres no, ellos pueden dejar todo tirado para que posteriormente las hermanas, la madre, la esposa y la sirvienta recojan todo lo que el señor, los jóvenes y los niños tiran. En estas circunstancias no es difícil encontrar, en el trato de hermano a hermana, burlas, altanería y desprecio por el trabajo y el papel de la hermana.

Las hermanas de clase media son más pusilánimes que sus hermanos; si hacen la tarea lo mejor posible no se preocupan por leer, no se dan tiempo para prepararse, no tienen la costumbre de inquirir sobre su futuro; de hecho, aceptan la vida como algo inmediato, predeterminado, que tiene como fin el matrimonio: “fin de todo y principio de nada”. En estas condiciones, las máximas aspiraciones que se fijan las jóvenes radican en llegar a ser educadora, maestra, secretaria o decoradora; tener un diploma de adorno que las acredite ante los demás. Su visión del momento coincide, casi siempre, con la visión del futuro; su conducta y actitudes se orientan, después de la secundaria, a prepararse por tres años más con estudios superficiales con los cuales se consideran listas para enfrentarse a la vida. No ignoramos que con frecuencia las posibilidades de estudio se ven limitadas por circunstancias económicas que impiden aspirar a una preparación más larga y compleja; pero tratamos de señalar cómo, ideológicamente, se asume esa limitación como virtud, en función del valor matrimonio al que se otorga valor supremo.

Para los propósitos y previsiones de la familia y de su ambiente social, no es necesario que la joven se dedi-

que al estudio diario, es más adecuado que vea televisión, salga a las cafeterías, pruebe nuevas formas de arreglo, vaya de compras a los grandes almacenes, busque las oportunidades de ser invitada por alguna familia “importante”, salga en las páginas de sociales de los periódicos, asista al club deportivo con amigos y amigas, se divierta en las discotecas, prepare el atuendo para las próximas vacaciones o la próxima fiesta; sueñe con el príncipe azul y se sienta seductora para conquistar al chico más guapo. El pensar en otras cosas, fuera de todo contexto frívolo, no es importante para una joven educada en un ambiente familiar de clase media.

Actitud muy generalizada en la joven de 15 a 18 años es la de estudiar carreras cortas. Necesidad que satisface el sistema educativo formal. Esa actitud tiene que ver con un valor que ha cambiado inversamente en el sistema educativo informal: la joven de hoy estudia para ser maestra normalista con la idea de evitar un destino de “solterona”, a diferencia de sus tías y tías abuelas que, cuando estudiaban para maestras, aceptaban de antemano hacerse viejas antes de tiempo, dada la rigidez, normatividad y austeridad que exigía este servicio social.

La orientación de las jóvenes que estudian para secretarías varía según sus pretensiones y necesidades; algunas tienen que trabajar de inmediato para contribuir al ingreso familiar, o bien porque tienen la idea de que por medio de su trabajo podrán rápidamente independizarse de los padres y de los hermanos.

Otra situación es la de la joven que, al salir de la escuela, difícilmente entra a trabajar porque en su casa consideran que el trabajo de la mujer fuera del hogar es una afrenta para la familia; sobre todo, por los prejuicios que tienen sobre los peligros de “la calle” para su hija. Este tipo de jóvenes se quedan en la casa para hacer compañía a la madre y ayudarla en los quehaceres domésticos. Las jóvenes de este tipo que logran trabajar, generalmente lo hacen en la compañía o institución donde trabaja el padre, o algún amigo de la familia, pues ésta considera que así es más fácil vigilarla para que no caiga en “malos pasos” con los jefes y compañeros de trabajo.

Muchas jóvenes de clase media se casan muy pronto, probablemente para liberarse de la familia y la escuela. Típica actitud de estas jóvenes es el engaño, se engañan a sí mismas y pretenden hacerlo con la familia y los jóvenes con quienes salen; con frecuencia se van de pinta; esto es, en lugar de ir a clases

salen con los novios o con los amigos. Esta conducta refleja un problema muy común en los jóvenes y adultos de hoy: el tratar de encontrar la comunicación y el afecto fuera de su casa porque no los tienen en ella. Sin embargo, al contarle a su novio los problemas familiares que sufren, probablemente lo que hacen las muchachas es condicionarlo a la manera familiar de la que huyen, y si logran casarse —como una solución viable a sus problemas—, adquieren nueva tutela que implica más responsabilidades: el trabajo penoso y prolongado del hogar, el cuidado y la atención de un marido exigente, celoso y egoísta, la atención y educación de los hijos —con frecuencia numerosos—; además, a estos problemas deben sumarse los propios del hogar joven, de pocos recursos económicos, de cónyuges que carecen de la instrucción y educación precisa y adecuada para enfrentar esos problemas. La mujer, ahora encerrada en su casa, ya no se preocupa por su arreglo, como cuando de soltera se acicalaba ante la perspectiva matrimonial; una causa de ello es el trabajo agotador al que está sometida, y otra, la desilusión que sufre al darse cuenta de que la visión ideal que se forjara de la vida matrimonial no corresponde a la realidad. Íntimamente se rebela, pero se somete en la práctica, frustrándose; fatigada antes de tiempo, se deteriora su aspecto físico, se ve sucia; descuida su persona, su casa, sus hijos y, con mayor razón, a su marido.

La mujer que a lo largo del tiempo trabaja tan intensamente al cuidado de su familia ve, sin embargo, muy poco a sus hijos cuando ya son grandes; desesperada, se encierra en un círculo vicioso: las telenovelas, las reuniones frívolas, las tareas domésticas innecesarias, la asistencia indiscriminada a los espectáculos del momento, y con frecuencia sólo acepta desesperada la soledad en que se encuentra, asumiendo la actitud constante de reclamar al marido y a los hijos que no le reconozcan lo que hace en la casa, lo que se sacrifica por ellos.

Desde el punto de vista de los valores tradicionales, es natural esta reacción de “sufrida y abnegada ama de casa”. Nunca se orientó a la mujer que la padece a enfrentarse a sus propios desequilibrios físicos y emocionales ni se le enseñó la manera de descargar racional y emocionalmente sus angustias. La lucha cotidiana no existe para ella; entre sus valores no está el hacerse todos los días; cree que todo está preestablecido. La incompreensión de sí misma, el encierro en la propia ignorancia, la dependencia del jefe de la fami-

lia, son factores que propician en muchas mujeres actitudes fatalistas, predisponiéndolas a padecer el destino de su propia mediocridad.

En algunas mujeres se dan con frecuencia odios, rivalidades, envidias, obviamente relacionados con los ejemplos vistos y vividos, con las conductas esperadas y adquiridas, que van conformando una actitud muy generalizada entre las mujeres como es la falta de solidaridad entre ellas. Esto se muestra con frecuencia; por ejemplo: cuando la amiga íntima le quita el novio a alguna muchacha; en las rivalidades e intrigas entre compañeras del mismo grupo social que quieren reservarse las relaciones con los mismos amigos; cuando la esposa detesta a los amigos y amigas de su marido; cuando una compañera de trabajo se siente feliz por su promoción, por sus triunfos profesionales, familiares o personales, y el resto de sus compañeras—inclusive sus amigas— la envidian y calumnian.

La mujer de clase media que no trabaja fuera del hogar, y que tiene pocas aspiraciones intelectuales, depende del marido o de los hijos; cuando tiene sirvientas, suele abusar de ellas para disponer de más tiempo libre para el ocio. Como no puede sujetar al hombre, que trabaja fuera del hogar, busca la compañía y el dominio de los hijos, lo que no obsta para que los deje en manos de las sirvientas no sólo para que los cuiden y atiendan, sino, lo que es peor, para que los eduquen. La mujer sola busca a veces la compañía de un perrito o algún otro animal; lo trata con esmero, y dedica la mayor parte del tiempo a la vida ociosa.

Hay pocas alternativas ocupacionales para la mujer; esto se ve frecuentemente reforzado por la educación religiosa que se le impone, que la anima a conformarse con ser buena ama de casa, buena madre, fiel esposa, y por lograr una serie de cualidades que, por su propia naturaleza y por las condiciones en que se desenvuelve la vida familiar mexicana, son sin embargo, difíciles de cumplir. La mujer, al no poder interpretar el modelo ideal de madre, esposa y ama de casa, se frustra aún más y siente una profunda insatisfacción existencial; sus valores éticos y religiosos no le sirven para desempeñar sus actividades y plantear y resolver sus problemas. Sus inquietudes la llevan a buscar fuera del matrimonio compañía y satisfacción; pero también en ese caso maneja los mismos valores e incurre en las mismas actitudes al enfrentarse a la sociedad. Si decide cambiar de vida buscando otro hombre, esperará lo mismo que la primera vez, que se comporte como ella quiere, como se le ha dicho que debe comportarse

y no como realmente es: con todas sus cualidades y errores, con sus ambiciones e inhibiciones, con sus dudas y recelos, con su peculiar manera de ser con respecto a la conformación cultural en que ha sido educado y en el ambiente en que se desarrolla. La mujer siempre espera del hombre una conducta y actitudes ideales fijas y estables. Por su parte, el hombre espera algo semejante de la mujer.

En muchos casos, cuando la mujer trabaja antes del matrimonio, el hombre le pide como condición para casarse que abandone su empleo. Ella trata de reacomodar sus valores; ante la alternativa, se convence de que es más importante vivir en calidad de esposa y madre, quedándose en la casa como las mujeres de otros grupos sociales más privilegiados. Esto es característico de la clase media que tiende a relegar patrones culturales de conducta que considera propios de la clase proletaria, teniendo como ideales los de las clases altas. La clase media, en general, tiene por virtud el parasitismo femenino; el más bello adorno del hogar, de su marido, es la esposa, testimonio viviente de su hombría, riqueza y poder. La ociosidad de la esposa es requisito indispensable para ser gente bien.

Refuerzan esta situación como causal inmediata las páginas de sociales, los anuncios—impresos, radiofónicos, televisados— las revistas de modas y las demás que se dedican a la mujer moderna. Al mismo tiempo que el sistema social ofrece a la mujer artículos que le ayuden al trabajo doméstico, le vende cosméticos, laboriosos y costosos tratamientos de belleza, aparatos para hacer ejercicios, le enseña gimnasia para mantener bajo control la figura ideal femenina, la clásica del momento. La propaganda “hollywoodense” de la belleza y de los artículos para el hogar es constante y adquiere proporciones gigantescas y contradictorias, pues, paradójicamente, está encaminada a ocupar el ocio y, sobre todo, el dinero, de la mujer de clase media, como si la mujer mexicana no tuviera mucho que hacer para darse el lujo de vivir en situaciones que no corresponden a su nivel de vida, sino al de la mujer estadounidense. Esta ideología hollywoodense—en relación directa con hechos de la vida cotidiana contemporánea— es, sin embargo, imagen desvirtuada que las jóvenes mexicanas adquieren y que puede llevarlas a confusiones al elegir lo que deben hacer para llevar una vida normal y productiva. Una ideología más adecuada a su circunstancia las puede llevar a distinguir el trabajo productivo necesario del que es mero pretexto para pasar el rato; a hacer una distinción entre el descanso merecido por

el trabajo y el que no es más que irresponsable desperdicio de tiempo.²

La mujer de clase media que trabaja fuera del hogar

En la actualidad, la participación de la mujer en el proceso productivo está relacionada con el problema del desarrollo, en cuanto esa participación puede contribuir a incrementar el proceso económico. La fuerza de trabajo femenina constituye un potencial considerable, sobre todo después de que su ingreso a la estructura ocupacional ha ido presionando para que obtenga mayor y mejor capacitación. Dicha fuerza contribuye a cambiar la dirección de la economía en los países subdesarrollados, al convertir a la mujer que trabaja en sujeto directo de la economía y por tanto de consumo.³

Ahora bien, si aceptamos la hipótesis de que las economías subdesarrolladas corresponden a sociedades tradicionales, veremos que, en la práctica, el ingreso de la mujer al trabajo asalariado y de tipo moderno en general será restringido por los valores y orientaciones de la cultura. Ello, obviamente, limitará la potencialidad de la participación del trabajo femenino en el incremento económico.

Por lo demás, una mayor participación femenina en el trabajo trae como consecuencia diversos cambios en el comportamiento de la mujer, especialmente en cuanto a su productividad biológica. La mujer que desempeña un trabajo asalariado tenderá a disminuir el tamaño absoluto de la familia a que pertenece, lo cual puede producir un impacto importante para el desarrollo. Causa de esto puede ser que el moderno sistema ocupacional impone a la mujer pautas de comportamiento que muchas veces se oponen a las necesidades y motivaciones más profundamente enraizadas en la tradicional familia mexicana (como son la vinculación sentimental a determinadas personas y la necesidad de seguridad dentro de un grupo social determinado), y que la mujer es separada de la familia por la severa disciplina del sistema ocupacional, implicado por la necesidad de mantener un alto nivel de rendimiento.

La mujer que ingresa en las actividades económicas no sólo se enfrenta a problemas de tipo ocupacional; esto es, de aprendizaje y profesionalismo, sino tam-

bién a los nuevos problemas que afronta la sociedad industrial. Así, vemos que al introducirse al nuevo sistema cambia su situación de servidora particular familiar —del padre, los hermanos, el marido, los hijos y de las mujeres con mayor jerarquía dentro del núcleo familiar—, para pasar a ser servidora de un jefe o varios jefes, o de todo un aparato impersonal, burocrático y de clientelas, bien sea en el servicio público o en empresas privadas; o como señuelo erótico que sirve para atraer consumidores —hombres en su mayoría— que necesita el sistema de consumo.

A pesar de los cambios de valores y actitudes que conlleva la ocupación femenina en los diversos papeles que cumple, predomina la servidumbre y dependencia de la mujer hacia el hombre. En nuestro sistema social, la mujer parece destinada a servir al hombre, tanto en la casa cuanto en la oficina, la escuela y los demás centros de trabajo. Es servicial; no puede desafiar al hombre; teme, íntimamente, la fuerza y el poder que le da la tradición; sabe que debe comportarse de acuerdo a “las buenas costumbres” de su familia. La mujer de clase media que trabaja siempre está sujeta a la autoridad de un patrón, sea en la fábrica, en la oficina, en los pequeños comercios. Esto no es, por supuesto, privativo de la mujer que trabaja; más aún, hay mujeres que dominan a otras mujeres; sin embargo, las mujeres que mandan a otras mujeres están sujetas a otros hombres; y en general, la situación de servidumbre y dependencia de la mujer respecto del hombre en la relación matrimonial, es independiente de que éste ocupe mayor o menor jerarquía que su mujer en la estructura ocupacional del sistema. Los valores y actitudes de una mujer están en relación directa de su posición jerárquica en el sistema ocupacional. La mujer que tiene mayor responsabilidad ejecutiva suele ser más elástica en sus actitudes que las que ocupan posiciones inferiores.

Hombres y mujeres se llevan bien en las relaciones de trabajo, independientemente del *status* que tengan en el sistema ocupacional y de sus respectivas características ideológicas. Sus relaciones se establecen con base en el compañerismo y camaradería; pero se advierten diferencias de actitudes y conducta cuando una mujer ocupa un rango superior al de sus compañeros de trabajo.

La mujer que trabaja en la oficina se encuentra en una situación de servicio frente a su jefe, supeditada a las órdenes que le dé para que ella ejecute un trabajo; independientemente de que lo sepa hacer muy bien,

² Cfr. Alva Myrdal y Viola Klein. *La mujer y la sociedad contemporánea*, Barcelona, Ed. Península, 1969.

³ Cfr. Collver and Langois. “The Female Labor Force in Metropolitan Areas...” in *Economic Development and Cultural Change*, vol. x, N° 4, July 1962, pp. 367-385.

estará sujeta a cambios y órdenes del patrón suscitándose, en gran medida, situaciones de dependencia emocional. Se dan casos extraordinarios en los cuales la mujer que trabaja tiene en alta estima su propio valor, y lo ve estimulado por sus jefes y compañeros, lo que le permite establecer una relativa independencia dentro de la situación general de servidumbre impuesta por el sistema ocupacional. En términos generales, la mujer que mantiene esta actitud es más optimista frente a la vida y en sus relaciones humanas cotidianas.

También hay mujeres que muestran una relación de tirante dependencia respecto de sus jefes, que las hace incapaces de usar su preparación e inteligencia para modificar su actitud y hacer más flexibles sus relaciones de trabajo. Causa de esto puede ser el temor que les infunde la posibilidad de perder el trabajo. Esta situación suele acentuarse en las mujeres cuya necesidad de obtener el ingreso que obtienen de su trabajo les es indispensable para el sostenimiento familiar.

Otro tipo de mujer lo constituye la que intenta superarse en el trabajo, establece buenas relaciones con sus jefes y compañeros, y se esmera por ser un buen elemento para toda la institución. Su actitud se debe a que ha medido sus fuerzas y al conocimiento gradual que ha adquirido de la situación imperante en el sistema ocupacional, lo cual le ha permitido percatarse de que está en condiciones desfavorables para competir por la igualdad situacional con el hombre. Sus actitudes muestran gran flexibilidad para recibir ayuda, protección y orientación de sus jefes y compañeros de trabajo. La capacitación que van adquiriendo en este sentido las prepara para cualquier situación adversa que pueda presentárseles cuando se dañen sus relaciones de trabajo. Saben apreciarse a sí mismas, así como el valor de su trabajo y, por consiguiente, no tienen el temor de perder su empleo.

Las mujeres que no quieren seguir entrenándose y capacitándose, aun cuando hayan tenido una capacitación profesional, se encuentran en una difícil situación, muchas veces anárquica y desesperada; en estas circunstancias de inseguridad son incapaces de pensar, quizás porque les da pereza o no han desarrollado su imaginación crítica y prefieren quedarse donde están. Siempre que se promueve a alguna compañera, no faltan quienes especulen al respecto, llegando a asegurar que se debe a su linda cara, o a sus atributos físicos y a que le gusta al jefe.

Otro tipo de mujer que trabaja es la que posee una

carrera. Las propias condiciones de su trabajo —atractivo, diferente, con perspectivas de oportunidades hacia el futuro— le permiten tener otra visión del mundo; piensa que el trabajo fuera del hogar es una necesidad cotidiana e indispensable para el desarrollo de la personalidad humana dentro de las actuales condiciones sociales; acepta y comprueba que con su carrera se puede ganar la vida, independientemente del hombre. A pesar de que estas mujeres están preparadas para distribuir su tiempo en dos tipos de ocupaciones que las reclaman: su trabajo profesional y el trabajo de la casa, encuentran serias dificultades para contraer matrimonio.

La mujer que desempeña los dos tipos de actividad

Es característica de la clase media el retorno sistemático de la mujer que ha contraído matrimonio, a la productividad económica para desempeñar cargos remunerados que contribuyan al aumento del ingreso familiar. Algunas veces este fenómeno se presenta en circunstancias desfavorables y a veces penosas para la mujer. Con frecuencia se trata de mujeres que se han divorciado, que han sido abandonadas por el marido o que han sido rechazadas en la casa familiar; la mujer en estas circunstancias consigue un nuevo trabajo, en lo que sea y de lo que sea; otras veces, regresa al que tenía, pero siempre en circunstancias desfavorables por la pérdida de entrenamiento. Su visión del mundo va cambiando y procura responsabilizarse de sus hijos, seguir adelante con su familia y su trabajo.

En algunos casos es frecuente encontrar en este tipo de mujeres que la búsqueda del trabajo y el trabajo mismo no son actitudes que ella haya escogido libremente; de tal manera que no se interesa por la responsabilidad que ha adquirido, cumpliéndola mediocrementemente. Lo único que le interesa es sobrevivir, para que vivan sus hijos. La maternidad se vuelve una especie de solución de sus problemas; la considera como la única misión de su vida; pero algunas mujeres que cumplen esta misión, lo esperan todo de los hijos, quizás lo mismo que esperaban del marido: el ser reconocidas como la mujer ideal; en su concepción del mundo representada por ella misma.

La actual sociedad urbana proporciona a la mujer alimentos preparados, lavanderías automáticas, vestidos confeccionados y multitud de servicios que le permiten dedicarse con gran facilidad a ocupaciones atractivas y relativamente bien remuneradas fuera del hogar; es

decir, las condiciones hacen posible que hombres y mujeres puedan satisfacer sus necesidades básicas. Del mismo modo, en el anonimato de la vida urbana y con el desarrollo de una serie de técnicas anticonceptivas efectivas, pueden satisfacerse las necesidades sexuales sin una unión permanente y sin exponerse a serias dificultades. Esta situación propicia la constante quiebra de valores tradicionales; entre otros, la supuesta santidad del matrimonio y la creencia en las sanciones religiosas. Sin embargo, los hombres encuentran difícil acostumbrarse a la idea de una esposa tan radicalmente diferente “de su madre”, pues aún están muy acentuados prejuicios que podemos connotar de irreales: el de ama de casa laboriosa y el de “dama ociosa de salón”.

Hombres y mujeres, envueltos en esta situación de confusión constante entre lo ideal y lo real, viven momentáneamente en el ideal para su futuro, pensando que el cambio no ha llegado para ellos. Su esquema, su bosquejo ideal de la mujer y del hombre, acaba cuando se enfrentan a los problemas cotidianos. El fracaso viene para ambos y la aceptación de la realidad se vuelve dolorosa.

Conclusiones

Muchas de las situaciones descritas con anterioridad no son privativas de la mujer, sino que realmente las conductas y actitudes, valores y orientaciones que el hombre y la mujer le dan a su vida, son producto de las relaciones que se establecen en el sistema social.

Los rompimientos emocionales que tiene la pareja en situaciones concretas se deben más que a ella misma, al desconocimiento de la psicología humana, a la educación arcaica y rígida a la que han estado sometidos los cónyuges, que les impide evolucionar conforme evoluciona la realidad; a la falta de elementos existenciales que les permita manejar coherentemente sus relaciones humanas. Ni el hombre ni la mujer están capacitados para manejar situaciones cambiantes, generosas, ricas en experiencias; para entender y respetar decisiones de terceros, y profundizar en la comprensión de las diversas dimensiones del amor, el cariño y el compañerismo. En una palabra, la clase media está muy mal educada para las situaciones y condiciones reales del sistema económico y social en que vivimos.

Los valores, actitudes y orientaciones de la mujer mexicana de hoy se encuentran en crisis. Hay, sin embargo, mujeres que logran superarla; por ejemplo,

aquellas que se plantean el rompimiento de sus valores tradicionales en aras de una actualización y que lo hacen conscientes de que tienen que confrontar sus valores con los de grupos y círculos sociales con los que necesariamente chocarán, pero a sabiendas de que en algunos serán aceptados. Es difícil precisar qué situación es más difícil de considerar. La mujer que decide seguir adelante, transformándose a sí misma y a los que la rodean, tiene que romper definitivamente con lo establecido, aunque su situación sea más crítica que la del hombre en la misma situación. El hombre ha podido y puede, con mayor facilidad y rapidez, cambiar y aceptar otro tipo de valores que la mujer. Cuando la mujer se enfrenta a un cambio brusco en su sistema de vida, se desespera al principio, afectando sus relaciones tradicionales de dependencia; se notan cambios en sus actitudes, pero conserva reminiscencias de sus valores tradicionales que actúan sobre ella negativamente como una carga emocional; si la mujer logra superar la crisis, se convierte en fuente de cambio saludable para la sociedad; pero si no logra resolver los problemas del cambio, la mujer pasará mucho tiempo en penosa búsqueda de nuevas alternativas en su vida; o bien, se dará por vencida, se aferrará a los viejos valores, y hará insostenible la vida de los hijos y de los que viven con ella.

El desajuste que observamos, de manera parcial, termina por destruir la arquitectura, el sustrato donde se asienta la validez de los valores familiares y de otras relaciones implícitas como son el amor y el afecto, elementos que atañen directamente a la mujer y condicionan su vida.

Es evidente que el trabajo no es un fin en sí mismo y que el énfasis exagerado en las carreras, a expensas del matrimonio y la familia, ha perjudicado en gran medida la causa de las mujeres. Pero al mismo tiempo que se observa esta situación, se observa una constante inseguridad en el trabajo femenino. La mujer que se dedica a las labores de la casa tiene resentimiento hacia los hombres y mujeres que trabajan fuera de la casa; a las mujeres por su relativa independencia económica y a los hombres porque no son capaces de ayudarles en su trabajo cotidiano doméstico y en el cuidado y educación de los niños. En tanto que la mujer que trabaja fuera de la casa envidia la supuesta comodidad de la mujer que trabaja en la casa, pues supone que tiene el tiempo libre y necesario para hacer las muchas labores que tiene que realizar la mujer.